

Un Evangelio Digno de Morir por Él



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Un Evangelio Digno de Morir por Él

Nº 1734

Sermón predicado el día Domingo 12 de Agosto de 1883 por Charles Haddon Spurgeon. En Exeter-Hall.

“Para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.” — Hechos 20:24.

Pablo dice que, en comparación de su gran meta de predicar el Evangelio, no estimaba su vida como de algún valor para sí mismo; sin embargo, estamos convencidos que Pablo valoraba mucho su vida. Tenía el mismo amor por la vida que tienen las demás personas, y además sabía que su vida tenía trascendencia tanto para las iglesias como para la causa de Cristo. En otro lugar mencionó: “pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros.” Pablo no estaba hastiado de la vida, ni era una persona vana que podía tratar la vida como si fuera un objeto que pudiera ser desechado con ligereza. Él valoraba la vida, pues apreciaba el tiempo, que es el componente del cual está hecha la vida, y trataba de utilizar al máximo cada día y cada hora, “redimiendo el tiempo, porque los días son malos.” Sin embargo, dijo sobriamente a los ancianos de la iglesia de Éfeso que no consideraba su vida como algo valioso en comparación de llevar el testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. De acuerdo al versículo que estamos analizando, el apóstol consideraba su vida como una carrera que hay que correr. Ahora, entre más rápido se corra una carrera, es mejor: ciertamente la longitud no es el objeto del deseo. El único pensamiento de un corredor es cómo puede llegar más rápido a la meta. Él no da ninguna importancia al terreno que pisa; no le importa la pista sobre la que corre excepto en la medida que es el camino en el que debe correr para alcanzar su fin establecido.

Así era la vida para Pablo: todas las energías de su espíritu estaban consagradas a la obtención de un objetivo, es decir, poder llevar a todas

partes el testimonio del Evangelio de la gracia de Dios; y la vida que vivía aquí abajo solamente era valorada por él como un medio para alcanzar ese fin. Pablo también consideraba el Evangelio, y su ministerio de dar testimonio de él, como un depósito sagrado que le había encargado el propio Señor. Pablo se veía a sí mismo como “encomendado con el evangelio;” y tenía la determinación de ser fiel aunque esto le costara la vida. Él dice que “acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús.” A través del ojo de su mente veía al Salvador tomando en sus manos traspasadas, el invaluable estuche que contiene la joya celestial de la gracia de Dios, y diciéndole: “Te he redimido con mi sangre, y te he llamado por tu nombre, y ahora entrego en tus manos esta joya, para que la cuides, y la guardes con la sangre de tu corazón si es preciso. Te doy el encargo que vayas por todas partes, en lugar mío y en mi Nombre, y que des a conocer a todas las naciones bajo el cielo el Evangelio de la gracia de Dios.” Todos los creyentes ocupan un lugar más o menos parecido. Ninguno de nosotros tiene el llamado de apóstol, y es posible que no todos hayamos recibido el llamamiento para predicar públicamente la palabra de Dios; pero a todos se nos pide que seamos valientes a favor de la verdad en esta tierra, y “que contendamos eficazmente por la fe que fue entregada una vez a los santos.”

¡Oh, hacer esto en el espíritu del apóstol de los gentiles! Como creyentes somos llamados a una forma de servicio; y así debemos estar motivados para hacer de nuestra vida una carrera, y considerarnos guardianes del Evangelio, igual que la persona que lleva la insignia de un regimiento se considera a sí misma comprometida a sacrificar cualquier cosa por conservarla.

Pablo era un verdadero héroe; un héroe de una estampa más noble que esos valerosos griegos cuyas historias todavía conmueven la sangre e incendian el alma. En gran medida su heroísmo buscaba la fama, la aprobación de sus conciudadanos, o dependía de la excitación animal que generaba el campo de batalla; pero el heroísmo de Pablo, en cuanto a lo humano, era deliberado, y no buscaba la fama por lo que se podía manifestar tanto en la soledad del calabozo como en la asamblea de los fieles.

Pablo se despedía de sus amigos que estaban sumidos en el llanto, y se encaminaba a pruebas de intensidad desconocida, pero era totalmente inmovible por el miedo, y avanzaba en su camino sin hacer preguntas. No puedo evitar que su despedida de los ancianos traiga a mi memoria la antigua narración de Epaminondas, el general de Tebas que, cuando fue mortalmente herido por una lanza espartana, cuya punta había permanecido metida en su cuerpo, pidió a sus amigos que la dejaran allí un poco de tiempo, “pues” dijo, “si muero sin ser conquistado he vivido lo suficiente;” y cuando le dijeron que habían ganado la batalla y que sus camaradas habían resultado victoriosos, les pidió que le sacaran la punta de la lanza, para poder morir. Alguien le hizo la observación que había caído pero que no había perdido su escudo, y que se había obtenido la victoria; a lo que respondió exhalando su último suspiro, “el Epaminondas que así muere, no muere.”

De la misma manera Pablo ha vivido lo suficiente si el Evangelio sigue prosperando en su curso, y aunque entregue su vida, no muere si su ministerio se realiza. Permítanme leerles sus palabras, y ustedes juzgarán si no tienen ese sonido heroico. “Ahora, he aquí yo voy a Jerusalén con el espíritu encadenado, sin saber lo que me ha de acontecer allí; salvo que el Espíritu Santo me da testimonio en una ciudad tras otra, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Sin embargo, no estimo que mi vida sea de ningún valor ni preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.”

Esta mañana vamos a preguntarnos, ¿cuál era este Evangelio que Pablo consideraba digno de morir por él? “El Evangelio de la gracia de Dios.” Cuando hayamos hecho esa pregunta, pienso que estaremos preparados para otra; si no podemos morir por él, ¿cómo podemos vivir por él? Y luego, en tercer lugar, voy a enfatizar esta consagración respondiendo la pregunta: ¿por qué debemos hacerlo? ¡Oh, que el Espíritu Santo obre en nosotros la santa devoción y la abnegación de Pablo!

I. Primero, entonces, vamos a preguntarnos esta mañana, ¿CUÁL ERA ESTE EVANGELIO POR EL QUE PABLO ESTABA DISPUESTO A MORIR? No es cualquier cosa llamada “evangelio” la que puede producir

tal entusiasmo, o merecerlo. Pues, queridos hermanos, tenemos evangelios en estos días por los que no quisiera morir, ni les recomendaría que vivieran conforme a esos evangelios, en la medida que se van a extinguir en pocos años. No vale la pena morir por una doctrina que se va a extinguir. He vivido lo suficiente para ver media docena de evangelios que han surgido, han florecido y han decaído. Me dijeron hace mucho tiempo que mi vieja doctrina calvinista se quedó rezagada, y era una cosa desgastada; y después escuché que la enseñanza evangélica en cualquiera de sus formas era una cosa del pasado, y que debía ser suplantada por el “pensamiento avanzado.” He oído acerca de mejoras que se le hacen a la fe histórica y posteriormente de más mejoras; y los teólogos que filosofan todavía están mejorando su teología. Han continuado avanzando y avanzando, y sólo el cielo sabe y tal vez el infierno también, hasta dónde van a llegar. Yo no lo sé. Yo no moriría por ninguno de los sistemas modernos.

Me gustaría preguntarles a los teólogos si hay alguna doctrina positiva en la Biblia; y si cualquier forma de enseñanza podría ser juzgada en algún momento digna de morir por ella; o si los mártires no fueron unos grandes tontos que murieron por verdades que pudieran haber sido valiosas para ellos, pero que el desarrollo del pensamiento las ha lanzado al desuso. Esos hombres y mujeres que fueron llevados a Smithfield y que murieron quemados por Cristo, ¿no fueron unos necios, cada uno de ellos, muriendo por un conjunto de ideas que el “pensamiento moderno” ha derrumbado completamente? Estoy convencido que para nuestros teólogos modernos no hay tal cosa como la verdad permanente, o que, si la hay, no están seguros de haberla alcanzado. Han hecho excavaciones, y han cavado y han cavado: miren los oscuros fosos de incredulidad que han abierto; pero no han llegado hasta la roca todavía. Esperen un poco más; algunos de estos días puede ser que encuentren algo sólido; pero hasta ahora sólo han perforado a través de capas de arena.

Sin embargo solía existir un evangelio en el mundo que consistía en hechos que los cristianos nunca cuestionaron. Había una vez un evangelio en la iglesia que los creyentes abrazaban en sus corazones como si fuera la vida de sus almas. Existía un evangelio en el mundo que provocaba el entusiasmo y exigía sacrificios. Decenas de miles se han congregado para oír este evangelio con el riesgo de sus vidas. Los hombres lo han

proclamado a pesar de las persecuciones de los tiranos, y lo han perdido todo, y han ido a prisión y a la muerte por el evangelio, cantando salmos en todo momento. ¿Ya no existe ese evangelio? ¿O hemos llegado a la región de las nubes, donde las almas se mueren de hambre por las suposiciones, y ya no pueden experimentar ni la confianza ni el ardor? ¿Hay ahora discípulos de Jesús que deben ser alimentados con la espuma del “pensamiento” y con el viento de la imaginación, alimentos con los que los hombres se tornan sesudos y magnánimos? De ningún modo, más bien, ¿no vamos a regresar al alimento sustancial de la revelación infalible, y clamar al Espíritu Santo para que nos alimente por medio de su inspirada palabra?

¿Cuál es este Evangelio que Pablo valoraba más que su propia vida? Era llamado por él “el evangelio de la gracia de Dios.” Lo que impactaba con más fuerza al apóstol en el evangelio era que consistía en un mensaje de gracia, de gracia solamente. En medio de la melodía proveniente de las buenas nuevas una nota sonaba sobre todas las demás y agradaba el oído del apóstol; esa nota era la gracia, la gracia de Dios. Esa nota él consideraba como característica de todo el melodioso acorde: el Evangelio era “el evangelio de la gracia de Dios.” En estos días esa palabra “gracia” no se escucha muy a menudo; se nos habla acerca de deberes morales, y de ajustes científicos y del progreso humano; pero ¿quién nos habla de la “gracia de Dios” excepto unos cuantos individuos anticuados que pronto habrán desaparecido? Yo estoy aquí esta mañana como uno de esos individuos anticuados y voy a tratar de hacer sonar esa palabra “GRACIA” de tal manera que quienes conocen su sonido de gozo estarán muy contentos, y quienes lo desprecian sentirán punzadas en su corazón. Gracia es la esencia del Evangelio. ¡Gracia es la única esperanza para este mundo caído! ¡Gracia es el único consuelo de los santos que esperan la gloria! Tal vez Pablo tenía una visión más clara de la gracia que aun Pedro, o Santiago o Juan; y por eso se le dedica un espacio mucho mayor en el Nuevo Testamento. Los otros escritores apostólicos sobrepasaban a Pablo en ciertos aspectos; pero Pablo se distinguía como el primero y el más notable en lo relativo a la doctrina de la gracia por su profundidad y su claridad.

Necesitamos de nuevo a Pablo, o por lo menos el evangelismo de Pablo y la precisión paulina. Él acabaría pronto con los nuevos evangelios, y diría de quienes los siguen: “Estoy asombrado de que tan pronto os estéis

apartando del que os llamó por la gracia de Cristo, para ir tras un evangelio diferente. No es que haya otro evangelio, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo.”

Permítanme tratar de explicar de manera breve cómo el Evangelio es buenas nuevas de gracia.

El Evangelio es un anuncio que Dios está preparado para tratar con el hombre culpable sobre la base de un favor inmerecido y por pura misericordia. No serían buenas noticias decir que Dios es justo; pues, en primer lugar, esas no son noticias: sabemos que Dios es justo; la conciencia natural enseña eso al hombre. Que Dios castiga el pecado y premia la justicia no es ninguna noticia; y si fuera una noticia, no sería una buena noticia, pues todos hemos pecado, y sobre la base de justicia debemos perecer. Pero es una noticia, y noticia del mejor tipo, que el Juez de todo está preparado para perdonar la trasgresión, y para justificar al impío. Es una buena noticia para los pecadores que el Señor borraré el pecado, cubrirá con justicia al pecador, y le dará su favor, y no como resultado de que el pecador haya hecho algo, o que va a hacer algo, sino por gracia soberana.

Aunque todos sin ninguna excepción somos culpables, y justamente condenados todos por nuestros pecados, sin embargo Dios está listo para tomarnos del lugar donde estamos bajo la maldición de Su ley, para darnos toda la bendición de hombres justos, como un acto de pura misericordia. Recuerden cómo David comprendió esto y habló al respecto en el Salmo treinta y dos: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y ha sido cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no atribuye iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño.” Este es un mensaje digno de que muramos por él, y ese mensaje dice que por medio del pacto de gracia Dios puede ser justo, y sin embargo puede justificar al creyente en Jesús; que puede ser el justo Juez de los hombres, y sin embargo los creyentes pueden ser justificados inmerecidamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús. Que Dios es misericordioso y lleno de gracia, y está listo para llenar de bendiciones al menos digno, es una maravillosa noticia, digna de que un hombre se pase la vida entera divulgándola. Mi corazón da saltos dentro de mí en la medida que la voy repitiendo en este gran saón, diciendo a los penitentes, a los abatidos, a los

que están desesperados que, aunque sus pecados merezcan el infierno, a pesar de ello, la gracia puede darles el cielo, y hacerlos dignos de él: y eso como consecuencia de un soberano acto de amor, de manera completamente independiente de su carácter o de sus merecimientos. Puesto que el Señor ha dicho: “Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y me compadeceré de quien me compadezca,” hay esperanza para quien está más desesperado. Puesto que “no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios quien tiene misericordia” hay una puerta de esperanza abierta para quienes de otra manera sólo pueden desesperar. Es como si hubiera habido un gran juicio, y el juez hubiera pasado de condado en condado, y un número de prisioneros hubiera sido condenado y los procedimientos legales hubieran llegado a su fin y sólo quedarán pendientes de ejecución las sentencias. He aquí, súbitamente, las trompetas de plata de los mensajeros vestidos con vestidos de seda proclaman que el rey ha descubierto un método por el cual, sin violar la justicia, puede dar pura misericordia a los condenados, y así otorgarles un perdón inmerecido, liberación inmediata de la cárcel, y un lugar en el servicio y en el favor de su majestad. ¿Acaso no son estas buenas nuevas en las celdas de los condenados, no es cierto? ¿No serías feliz de llevar tales noticias a los pobres prisioneros? Ah, Pablo, yo puedo entender tu santa excitación acerca de tal revelación como es la gracia inmerecida. Entiendo que estés dispuesto a gastar tu vida con tal de poder decir a tus compañeros pecadores que la gracia reina a través de la justicia para vida eterna.

Pero el Evangelio nos dice otras cosas más, es decir, que para poder tratar con los hombres en el terreno del favor inmerecido, el propio Dios Padre ha quitado el gran obstáculo que obstruía el camino de la misericordia. Dios es justo; esa es una verdad indiscutible; la conciencia del hombre sabe que es así, y la conciencia del hombre no descansará tranquila nunca, hasta que pueda ver que la justicia de Dios es vindicada. Por lo tanto, para que Dios pueda tratar con justicia con los hombres sobre la base de pura misericordia, dio a su unigénito Hijo, para que por Su muerte la ley pueda recibir su cumplimiento, y los eternos principios de Su gobierno puedan ser mantenidos. Jesús fue designado para estar en el lugar del hombre, para llevar el pecado del hombre, y sufrir el castigo de la culpa del hombre. ¡Cuán claramente dice esto el profeta Isaías, en su capítulo cincuenta y tres! Él es ahora salvo con toda seguridad, porque no se ha

hecho de lado el mandamiento ni ha sido revocada la pena; se hace y se sufre todo lo que puede ser exigido por la justicia más severa, y a pesar de eso la gracia tiene sus manos desatadas para distribuir perdones a quien quiera. Se deja ir libre al deudor, pues la deuda ha sido pagada. Vean al Salvador agonizante, y oigan decir al profeta: “El castigo que nos trajo paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros sanados.” Aquí también, todo es por gracia.

Hermanos, fue por la gracia de Dios que Él decidió establecer y aceptar una expiación, suministrando Él mismo la expiación, pagando Él mismo el costo. He aquí la maravilla del tema: él propio ofendido aporta la reconciliación. Él tenía un Hijo único, y sin dudar y queriendo que no hubiera ningún obstáculo en su camino para tratar con los hombres sobre la base de la pura gracia, tomó a Su Hijo de Su pecho, le permitió asumir nuestra frágil naturaleza, y le permitió morir en esa naturaleza, el justo por los pecadores, para llevarnos a Dios. Ustedes admiran a Abraham por estar dispuesto a sacrificar a Dios a su hijo; admiren mucho más a Jehovah que da a Su Hijo por los pecadores. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en expiación por nuestros pecados.” Este, pues, es el Evangelio de la gracia de Dios: que Dios puede, sin quebrantar la justicia, tratar con los hombres sobre la base de pura misericordia, de manera totalmente independiente de sus pecados o de sus méritos, porque sus pecados fueron puestos sobre Su amado Hijo Jesucristo, quien ha ofrecido a la justicia divina una satisfacción completa, de tal forma que Dios es glorioso en santidad y sin embargo rico en misericordia. Ah, amado Pablo, hay algo aquí digno de ser predicado.

En el Evangelio también se revela un motivo para la misericordia que es acorde con la gracia de Dios. Se necesita siempre un motivo competente en la acción de cada hombre sabio; los hombres no actúan sin razón si son hombres razonables. Lo mismo se aplica a Dios, la más elevada de todas las inteligencias: él actúa sobre la base de las más elevadas razones. Su motivo para tratar con los hombres sobre la base de la gracia gratuita, es la revelación de su propio glorioso carácter. Él dice: “No es por causa de vosotros que hago esto; sabedlo bien, dice el Señor Jehovah. ¡Avergonzaos y cubríos de afrenta a causa de vuestros caminos, oh casa de Israel!” Obra

las maravillas de Su gracia “Todo esto es para que ahora sea dada a conocer, por medio de la iglesia, la multiforme sabiduría de Dios a los principados y las autoridades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que realizó en Cristo Jesús, nuestro Señor.”

Él encuentra un motivo en Su propia naturaleza y en Su misericordia puesto que no puede encontrarlo en ninguna otra parte. Él tratará con los hombres culpables de conformidad a la soberanía de Su voluntad: “para la alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio gratuitamente en el Amado.” Él salva a los hombres para que su propio amado Hijo Jesucristo sea enaltecido y alabado, y sea puesto en las alturas, y que Su Espíritu Santo pueda ser honrado en la regeneración de las naturalezas rebeldes. Oigan esto, ustedes que sienten su culpabilidad: Dios puede sin quebrantar Su justicia, tratar con ustedes sobre la base de pura gracia, y ha encontrado una razón para hacerlo, una razón que es válida tanto para el peor de los hombres como para el mejor. Si es por causa de Su propia gloria que Él salva a los pecadores culpables, entonces se abre una ventana a través de la cual puede llegar la luz a aquellos que se encuentran en la espesa tiniebla de la desesperación.

Para cumplir con los designios de la gracia era necesario que se preparara un mensaje del Evangelio que fuera lleno de promesa, aliento y bendición; y verdaderamente ese mensaje nos ha sido entregado; pues ese Evangelio que predicamos ahora está lleno de gracia hasta el borde. Habla de esta manera: pecador, tal como eres en este momento, vuélvete al Señor, y Él te recibirá lleno de gracia y te amará inmerecidamente. Dios ha dicho: “Porque seré misericordioso en cuanto a sus injusticias y jamás me acordaré de sus pecados.” Es por Cristo, y no a causa de agonías o lágrimas o aflicciones de ustedes que Él quitará los pecados de ustedes y los pondrá tan lejos como el este lo está del oeste. Él dice: “Venid, pues; y razonemos juntos: Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” Pueden venir a Jesús tal como son, y Él les dará una remisión total de sus pecados si creen en Él. El Señor dice hoy: “No busquen dentro de ustedes, como si quisieran algún mérito allí; sino mírenme a Mí, y sean salvos. Yo daré mis bendiciones que no dependen de ningún mérito, de conformidad a la expiación de Cristo Jesús.” Él dice: “No busquen dentro

de ustedes como si quisieran encontrar fortaleza para la vida futura: Yo me he convertido en su fortaleza y en su salvación; porque aún siendo ustedes débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos.” La invitación del Evangelio es: “Oh, todos los sedientos, ¡venid a las aguas! Y los que no tienen dinero, ¡venid, comprad y comed! Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.” Vengan y sean bienvenidos, ustedes cojos, ustedes que renquean, ustedes ciegos, ustedes que se han extraviado, ustedes sucios, miserables. Ustedes están invitados, no porque son buenos sino porque son malos; no porque están llenos de esperanza, sino porque están desesperados. El mensaje del Evangelio es de gracia, porque está dirigido a quienes tienen por único mérito su necesidad. Los sanos no tienen necesidad de médico, pero los que están enfermos sí. Cristo no vino para llamar a los justos sino a los pecadores al arrepentimiento. Vengan, pues, ustedes que están moralmente enfermos; ustedes cuyas frentes son blancas porque están llenas de la lepra del pecado; vengan y sean bienvenidos, pues para ustedes es proclamado con autoridad divina, este gratuito Evangelio. Un mensaje así, ciertamente es digno de todo esfuerzo para difundirlo en todas partes, y es tan bendito, tan divino, que gozosamente derramaríamos nuestra sangre para proclamarlo.

Más aún, hermanos: para que esta bendición del Evangelio pueda estar al alcance de los hombres, la gracia de Dios ha adoptado un método adecuado a su condición. “¿Cómo puedo ser perdonado?” dice alguien, “¡díganme la verdad rápidamente!” “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.” Dios no te exige buenas obras, ni tampoco buenos sentimientos, sino que aceptes eso que Él ofrece de manera inmerecida. Esto es la fe: que creas que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que tú pongas toda tu confianza en Él; “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios.” Si tú crees, eres salvo. La salvación “proviene de la fe, a fin de que sea según la gracia, para que la promesa sea firme para toda su descendencia.”

¿Acaso dices tú: “pero la fe misma está lejos de mi alcance”? Entonces, se nos dice en el Evangelio de la gracia de Dios que aun la fe es un don de Dios, y que Él la da a los hombres por medio de su Espíritu Santo; pues sin ese Espíritu ellos están muertos en sus delitos y pecados. ¡Oh, qué gracia es esta, que la fe que se nos pide también es otorgada como un don! “Pero”

dice uno, “si fuera a creer en Cristo y mis pecados pasados fueran perdonados, me temo que volvería a pecar; pues no hay ninguna fuerza en mí que me permita guardarme para el futuro.” ¡Escucha! El Evangelio de la gracia de Dios es este, que Él te sostendrá hasta el final. Que Él preservará vivo en ti ese fuego que Él enciende, pues dice: “Yo doy a mis ovejas vida eterna”; y en otra parte dice: “el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.”

Las ovejas de Cristo nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatárselas de Su mano. Hombre culpable, ¿oyes esto? ¿Tú, que no has hecho absolutamente nada para merecer la gracia de Dios? Su gracia inmerecida viene a ti, sí, aún a ti; y si se te da la voluntad para recibirla, en este mismo día eres un hombre salvo, y salvo para siempre más allá de toda duda. Lo digo de nuevo, este es un Evangelio tan digno de que lo prediquemos que puedo muy bien entender a Pablo cuando dice: “Sin embargo, no estimo que mi vida sea de ningún valor ni preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.”

Leí en un viejo libro acerca de un sueño de alguien que estaba preocupado por su alma. Cayó dormido y soñó que estaba en la selva y había una terrible tormenta. Los rayos caían muy cerca de él y la voz de los truenos hacía temblar la tierra sobre la que estaba. Buscaba con ansiedad algún albergue. Corrió a la primera casa que encontró, pero le negaron la entrada. El que vivía en esa casa se llamaba Justicia, que dijo con tonos teñidos por la cólera: “¡Lárgate de aquí. Yo no puedo proteger a un criminal, a un traidor de su Rey y Dios!” Huyó entonces hacia la siguiente casa, que resultó ser la mansión de la Verdad. La verdad vino a la puerta con calma pero mostrando un semblante duro, y dijo: “Tú estás lleno de falsedad, no puedes pernoctar aquí.” Entonces huyó al hogar de la Paz, que estaba cerca de allí, con la esperanza que allí tal vez podría protegerse de la tormenta; pero la Paz dijo: “¡Fuera de aquí!” “¡No hay paz para los malos!, dice Jehovah.” Entonces ya no supo qué hacer, pues la tormenta aumentaba su furia: cuando, ¡he aquí!, vio un portal sobre el que estaba escrita la palabra “Misericordia.” “Ay,” dijo él, “este es el lugar para mí, pues yo soy culpable.” La puerta se abrió y fue bienvenido allí. A esa casa yo los invito. Pasen adelante y descansen. Tú que no puedes quedarte con la justicia, ni

con la paz, ni con la verdad, puedes venir a la misericordia y recibir abundante gracia.

¿Pareces inclinado a aceptar el camino y el método de gracia? Déjame hacerte una prueba. Algunos hombres piensan que aman algo y sin embargo no es así, pues han cometido un error al respecto. ¿Entiendes que no puedes reclamar nada ante Dios? Él dice: “Tendré misericordia del que tendré misericordia y me compadeceré del que me compadeceré.” En lo que concierne a la pura misericordia, nadie puede argumentar ningún mérito; de hecho, no puede existir ningún mérito. Si es por gracia, entonces no es porque se debe algo, y si es porque se debe algo entonces no es por gracia. Si Dios quiere salvar a un hombre, y a otro quiere dejar que perezca en su propio pecado, ese otro no puede atreverse a disputar con Dios. O si lo hace, la respuesta es: “¿No puedo hacer con lo mío lo que quiero?” ¡Oh, me da la impresión que te estás batiendo en retirada! Ve, tu orgullo se rebela en contra de la soberanía de la gracia. Déjame llamarte aquí otra vez. Aunque no tienes ningún mérito, hay otra verdad que te sonríe; pues, por otro lado, no hay nada que te impida obtener misericordia. Si no necesitas ninguna bondad que te recomiende ante Dios, puesto que lo que Él otorga es favor inmerecido, entonces de la misma manera ninguna maldad puede dejarte fuera de recibir ese favor.

No importa cuán culpable puedas ser, puede ser que Dios te muestre Su favor. En otros casos Él ha llamado al primero de los pecadores; ¿por qué no también a ti? En todo caso, ninguna agravación de pecado, ni continuación de pecado, ni ninguna altura de pecado, pueden constituir una razón para que Dios no te vea con la disposición de derramar Su gracia sobre ti; pues si la pura gracia y ninguna otra cosa sino la gracia es lo que cuenta, el trasgresor más negro puede ser salvo. En su caso hay lugar para que la gracia manifieste su grandeza. He escuchado a algunos hombres que se excusan basándose en la doctrina de la elección, y han dicho: “¿Qué pasa si no soy elegido?” Me parece mucho más sabio decir: “¿Qué pasa si soy elegido?” Sí, soy elegido si creo en Jesús; pues nunca se ha dado el caso de que un alma descansa sobre la expiación de Cristo sin haber sido elegida por Dios desde antes de la fundación del mundo.

Este es el Evangelio de la gracia de Dios, y yo sé que toca el corazón de muchos de ustedes. A menudo sacude mi alma como el sonido de música marcial, cuando pienso en la gracia de mi Señor desde toda la eternidad, una gracia que es constante para su elección y permanecerá constante cuando todas estas cosas visibles desaparezcan como chispas que saltan de la chimenea. Mi corazón se llena de gozo dentro de mí cuando predico acerca de la gracia inmerecida y el amor que muere: puedo entender por qué las multitudes se reunían en la noche para escuchar acerca de la gracia de Dios. ¡Puedo entender a esos escoceses presbiterianos que suscribieron el Pacto Nacional cuando se reunían en las colinas pelonas para escuchar con ojos llenos de brillo a Cameron que predicaba sobre la gracia del gran Rey! ¡Hay algo en el Evangelio de la gracia inmerecida que es digno de predicarse, digno de escucharse, digno de nuestra vida y digno de nuestra muerte!

II. Esto me lleva al segundo encabezado: ustedes y yo todavía no hemos sido llamados a morir por él; pongamos todo nuestro empeño en vivir para él. **¿CÓMO PODEMOS VIVIR PARA ESTE EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS?**

Respondo, en primer lugar, que si alguien vive para este Evangelio, debe haberlo recibido de Dios, y debe haber recibido un llamado para servir o ministrar a ese Evangelio. Debe sentirse obligado a mantener y guardar este Evangelio; no tanto porque él lo ha escogido, sino porque el Evangelio lo ha escogido a él. No recuerdo exactamente quién fue, pero a un cierto ministro del pasado se le dijo que no podía predicar en un determinado púlpito si sostenía las doctrinas de la gracia. “Bien,” dijo él, “pienso que se me permitirá predicar allí, pues puedo decir con toda certeza que no sostengo las doctrinas de la gracia, las doctrinas de la gracia me sostienen a mí.” Eso pudiera ser más bien un juego de palabras, pero hay una grandiosa verdad en ello. Cuando un hombre escoge y selecciona su credo, las probabilidades son que muy pronto escogerá de nuevo, y seleccionará otro la próxima vez. Hay alrededor del amor que constituye nuestra bendición doméstica un algo de necesidad: nuestro cónyuge amado fue una vez elegido por nosotros, y sin embargo nosotros no pudimos evitarlo, fuimos arrastrados y dominados y así terminamos por casarnos. No todo se debió a una elección, también hubo un poder místico que encadenó nuestros corazones; estoy seguro que así sucede también con las doctrinas de la

gracia si creemos en ellas. Las escogimos con un alma decidida, pero sin embargo fuimos constreñidos a escogerlas y no hubiéramos podido hacer otra cosa.

Para mí no hay sino una forma de doctrina; no conozco otra. Hermanos, no puedo creer otra cosa que aquello que prediqué hace casi veintinueve años en este púlpito. Creo que he leído tanto como otros hombres, y conozco la mayor parte de las divagaciones de los pensadores más novedosos; pero nunca he alcanzado su secreto, y nunca voy a lograrlo. Aborrezco la simple idea de hacer una mejora al Evangelio que Pablo predicó. Yo soy hoy lo que era cuando, siendo aun joven, prediqué a las multitudes en este lugar. No he progresado en mi teología ni un ápice. Creo que ahora puedo predicar mejor, con un conocimiento experimental de la verdad; pero lo que prediqué hace treinta y tres años es lo que predico hoy. Ustedes conocen la historia del muchacho que se paró sobre la cubierta que se incendiaba porque su padre le dijo: “Párate allí”; y yo deseo imitar su firmeza. Otros muchachos podrían ser más sabios que él, pero su sabiduría fue la obediencia. Yo prefiero obedecer a Dios que ser sabio con mi propia sabiduría. El Evangelio que la Biblia ha revelado, y que el Espíritu Santo me ha enseñado, es el que debo predicar, y ningún otro. Soy incapaz de creer en lo novedoso de la hora. Debo permanecer en mi vieja fe. Yo quiero decir con Lutero: “¡No puedo evitarlo, que Dios me ayude!” No conozco ningún otro Evangelio hoy que el que conocí cuando por primera vez creí en Jesús. Sé que somos salvos por gracia por medio de la fe, y eso no de nosotros, pues es un don de Dios: ¿qué más necesito saber? Ustedes pueden dejar esta roca si quieren, hermanos míos, pues tal vez pueden nadar muy bien; pero yo me debo quedar donde estoy, pues de lo contrario me ahogaría. Cuando se escuche el chasquido de la condenación, yo estaré aquí, con la ayuda de Dios, creyendo el Evangelio de la gracia de Dios y no creeré en ningún otro credo. Espero que haya algo de pegadizo y pertinaz que ayudará a preservar, si no a difundir el Evangelio. La firmeza en estos tiempos específicos tiene un valor especial, y yo los exhorto a tener esa firmeza; Les suplico que se mantengan firmes mientras vivan en ese Evangelio que han recibido, en el Evangelio de la gracia de Dios.

La siguiente cosa que hizo Pablo fue darlo a conocer. Dondequiera que iba publicaba el Evangelio. Esto es lo que debemos hacer. “Oh,” dice

alguien, “no puedo darlo a conocer.” ¿Por qué no? “Pues soy una persona de no muy buena apariencia, y no creo que la gente me miraría con respeto.” Es lo mismo que decían de Pablo: “su presencia personal es débil.” “Oh, pero yo no soy un buen orador.” Justamente eso lo mismo que decían de Pablo: “Su discurso es despreciable.” “Oh, pero si yo fuera a decir algo, no podría adornarlo con figuras del lenguaje, o ilustrarlo con un símil; no podría ni siquiera citar alguna poesía, para afinar mi presentación.” Pablo también usaba un lenguaje muy sencillo. Dice: “no fui con excelencia de palabras o de sabiduría.” Muchos de los otros maestros eran grandes oradores, pero Pablo siempre quiso huir de la oratoria; él se preparaba para predicar y dejaba que la verdad fluyera de su boca con libertad, a su manera; y creo que en estos tiempos necesitamos una raza de predicadores que no sean finos, o académicos, o retóricos, o sensacionales; hombres de quienes digas cuando los hayas escuchado: “no puedo explicarme por qué la gente se congrega a escuchar tal ministerio. Lo única razón por la que asisten es por lo que el hombre dice; pues no lo dice grandiosamente, ni parece tampoco que quisiera hacerlo, parece que lo único que quisiera es sacar el mensaje de su corazón, y ponerlo en los corazones de la gente.” Eso es justamente lo que Pablo hacía. ¿Acaso no crees que podrías predicar el Evangelio de la manera en que Pablo lo hacía? “Oh, pero tengo tantas debilidades.” Sí, Pablo decía que se gloriaba en sus debilidades porque el poder de Cristo descansaba en él de manera más clara. Cuando terminaba de predicar, la gente no podía decir: “Oh, entendemos por qué nos sentíamos así; vemos que Pablo domina todos los secretos de la oratoria. Entendemos de manera muy clara por qué su discurso penetró en nuestros corazones; tiene una voz tan melodiosa, clara como una campana. Entendemos por qué nos gusta escucharlo; tiene unos ojos tan expresivos, pueden mirar en nuestras almas.”

Ahora, Pablo, con toda probabilidad, tenía ojos débiles; de acuerdo a su nombre era un hombre de baja estatura; y muy probablemente hablaba con toda sencillez. Sin embargo nunca lamentó ser así; por el contrario, creía que en su debilidad era fuerte, pues el poder de Cristo descansaba en él. También esperaba que por esta misma razón la fe de ellos no descansaría en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. Hermanos y hermanas, todos somos capaces, si este fuera el caso, de ir y anunciar a otros el Evangelio de la gracia de Dios.

Más aún todavía, Pablo deseaba dar testimonio del Evangelio. Ahora, dar testimonio es algo más que proclamar; quiere decir dar un testimonio personal de la verdad. Pablo estaba especialmente calificado para dar testimonio ¿no es cierto? Cuando predicaba con frecuencia decía esa historia acerca del fiero perseguidor que iba camino de Damasco, y que fue súbitamente derribado. Un perseguidor que nunca había pedido ser salvo por gracia, que no tenía ningún libre albedrío hacia Cristo, pero que tenía una firme voluntad en contra de Él, que arrastraba a hombres y mujeres a prisión, los forzaba a blasfemar, siendo terriblemente encarnizado contra ellos. Oh, con cuánta dulzura Pablo anunciaba el Evangelio de la gracia de Dios cuando decía: “El Señor se me apareció en el camino.” “No obstante, por esta razón recibí misericordia, para que Cristo Jesús mostrase en mí, el primero, toda su clemencia, para ejemplo de los que habían de creer en él para vida eterna.” Amigo, ¿no podrías tú contar tu conversión, y hacer saber a los hombres cómo la gracia inmerecida vino a ti cuando no la estabas buscando?

Pablo no terminaba allí; a menudo contaba sus consuelos, cómo el Evangelio lo había confortado cuando había sido apedreado, y juzgado por falsos hermanos, y sin embargo había sido sostenido por la gracia de Dios. Pablo podía comentar también acerca de sus gozos celestiales: cuán a menudo había sido elevado, recibiendo el triunfo en Cristo al alimentarse con el Evangelio de la gracia de Dios. Su experiencia personal del poder del Evangelio en sí mismo fue lo que él usaba como el grandioso instrumento y argumento para difundir el Evangelio. Esto es el significado de dar testimonio.

Amigo mío, si el Evangelio no ha hecho nada por ti, cállate o habla en contra de él; pero si el Evangelio ha hecho por ti lo que ha hecho por algunos de nosotros, si ha cambiado la corriente de tu vida, si te ha levantado del muladar y te ha hecho sentar como en un trono, si hoy es tu alimento y tu bebida, si es el centro y el sol de tu vida, entonces debes dar un testimonio constante de él. Si el Evangelio se ha convertido para ti en lo que es para mí, la luz en lo más profundo de mi corazón, la esencia de mi ser, entonces proclámalo, proclámalo dondequiera que vayas; haz que los hombres sepan que aun si ellos lo rechazan, para ti es el poder de Dios para salvación, y lo será también para cada hombre que crea.

III. Mi tiempo se ha terminado, pero todavía me voy a tomar un minuto para recordarles las razones POR LAS CUALES, HERMANOS MÍOS, DEBEMOS VIVIR PARA DAR A CONOCER EL EVANGELIO DE LA GRACIA DE DIOS.

En primer lugar, porque es el único Evangelio en el mundo, después de todo. Estos Evangelios que surgen de pronto, que vienen y van como volantes, que brillan por un rato y luego son desechados, no pueden aspirar a alcanzar el interés de los hombres. Estas lunas cambiantes de doctrina ¿qué están haciendo por Inglaterra? Están haciendo mucho daño en esta ciudad. Están impidiendo a las masas de la población a que vayan a algún lugar de adoración. ¿Por qué deberían asistir a oír incertidumbres? ¿Por qué deberían asistir para oír solamente enseñanzas acerca de sus deberes, y para ser moralizados, etcétera, etcétera? Los hombres no son guiados a congregarse en multitudes por unas atracciones tan pobres. No estoy seguro que deba atravesar la calle Domingo a Domingo para escuchar simplemente un ensayo moral. Prefiero quedarme en casa y leer el periódico. Pero para oír el Evangelio de la gracia de Dios vale la pena caminar una milla, y si ese Evangelio fuera predicado con sencillez en todas nuestras iglesias y capillas, les garantizo que veríamos muy pocos espacios vacíos: la gente vendría para oírlo, pues así lo han hecho siempre. Es el evangelio sin gracia el que hace morir de hambre al rebaño, abandonando los pastos. Es el razonamiento de Socinio (quien presentaba a Jesús como la revelación de Dios pero que sin embargo era únicamente hombre) el que guía a los hombres a tratar el ministerio y la adoración pública con desprecio.

El viejo Evangelio es un olor agradable que atrae a las masas. Cuando Whitefield tronaba predicándolo, ¿qué lugar era lo suficientemente amplio para albergar a los miles? El hombre necesita algo que dé ánimo a su corazón en su trabajo, y le dé esperanza bajo la convicción de pecado. Como el sediento necesita el agua, así el hombre necesita el Evangelio de la gracia de Dios. Y no hay dos evangelios en el mundo como tampoco hay dos soles en los cielos. Sólo hay una atmósfera en la que nosotros respiramos, y un solo Evangelio por el que vivimos. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” Por tanto, proclamen el Evangelio, para que los hombres no mueran por falta de conocimiento de él.

A continuación, háganlo porque es para la gloria de Dios. ¿Acaso no ven cómo glorifica a Dios? Coloca en un lugar muy bajo al pecador; hace que el hombre no sea nada, pero Dios es todo en todo. Pone a Dios en un trono, y arrastra al hombre en el polvo; y luego, dulcemente, lleva a los hombres a adorar y dar reverencia al Dios de toda gracia, que pasa por alto la trasgresión, la iniquidad, y el pecado. Por tanto, proclámenlo.

Proclámenlo, porque así ustedes glorificarán a Cristo. Oh, si viniera a este púlpito esta mañana, ¡con cuánta alegría haríamos un lugar para Él! Si sólo pudiéramos ver Su cabeza, esa querida cabeza majestuosa, ¿no nos inclinaríamos todos para adorarlo? Y si luego Él hablara y dijera: “Amados míos, he encomendado a ustedes mi Evangelio; ¡manténgalo fielmente tal como lo han recibido! No permitan la entrada de las nociones ni las invenciones de los hombres, pero sostengan la verdad tal como la han recibido; y vayan y proclamen mi palabra, pues tengo otras ovejas que todavía no están en mi rebaño, que deben ser traídas; y ustedes todavía tienen hermanos que son pródigos, y ellos deben venir a casa”: yo digo, si Él viera a cada uno de ustedes en el rostro, y les hablara así, su alma respondería: “¡Señor, voy a vivir para Ti! ¡Voy a darte a conocer! Voy a morir por Ti si es necesario para publicar el Evangelio de Jesucristo.”

Ahora, si ustedes y yo nos levantáramos este día, y que el Espíritu Santo de Dios nos ayude a hacerlo, y comenzáramos a proclamar el Evangelio de la gracia de Dios, ¿saben lo que pienso que pasaría con seguridad? Yo profetizo los mejores resultados. Nos dicen que los males de todo tipo se están fortaleciendo, y hermanos, oscuramente profético, nos dicen que tiempos terribles vienen y no puedo decirles cuán terribles van a ser. La nefasta influencia del Papa va a regresar de acuerdo a algunos, y nuevamente la ramera de las Siete Colinas va a dominar en toda la tierra. ¿Acaso es así? Ya lo veremos. Si ustedes proclaman el Evangelio con desnudo les digo que no será así. Si el Evangelio de la gracia de Dios es predicado de manera completa y cierta, no puede ser así. Escuchen lo que vio Juan: “Vi a otro ángel que volaba en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra: a toda nación y raza y lengua y pueblo. Decía a gran voz: ¡Temed a Dios y dadle gloria!” ¿Ven a ese ángel? ¡Observen lo que sigue! Detrás de ese ángel, muy cerca vuela otro heraldo celestial. “Y siguió otro ángel, un segundo, diciendo: ¡Ha

caído, ha caído Babilonia la grande! Todas las naciones habían bebido del vino de la furia de su inmoralidad.” ¡Vuela, ángel del Evangelio eterno! ¡Vuela, pues con seguridad en la medida que mantengas tu vuelo, ese otro ángel te seguirá proclamando la caída de Babilonia, y de cualquier otro sistema que se oponga a la gracia del Señor Dios Todopoderoso! Que el Señor los mueva por su Nombre. Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'C. H. Anderson', is centered on the page. The signature is written in a cursive, flowing style with a blue-to-purple gradient.